

# EL ECO DEL ÁGUEDA.

REVISTA SEMANAL ARTÍSTICO-LITERARIA.

DIRECTOR

DIONISIO J. DELICADO Y RENDON.

EDITOR PROPIETARIO: ANGEL CUADRADO.

REDACCION, ADMINISTRACION É IMPRENTA PLAZA MAYOR, NÚMERO 20.

EN CIUDAD-RODRIGO UN TRIMESTRE 6 RS., FUERA 7 IDEM, SEIS MESES 12 IDEM, UN AÑO 22 IDEM.

**SUMARIO.**—I. *Don Juan Tenorio, Cayetano Vidal.*—II. *El ajedrez, C. de Almagro.*—III. *A ti, C. de Vieyra de Abreu.*—IV. *A Araceli, Maria de Mendoza de Vives.*—V. *El mundo marcha, Antonio Luis Carrion.*—VI. *A T...., Casimiro Rosell.*—VII. *A Pura, Rafael Quintana Medina.*—ANUNCIOS.

## LITERATURA.

### DON JUAN TENORIO.

Muchos son, nacionales y extranjeros los escritores que con más ó menos acierto han tratado el asunto que el festivo Tirso de Molina dió á conocer por medio de su *Burlador de Sevilla*. El personaje de D. Juan ha sido objeto de muchas obras, ya novelescas, ya dramáticas, ya poéticas como el del autor de *Childe Harold*, y aun ha habido una época, felizmente de corta duracion, en que el héroe de toda novela, singularmente si habia visto la luz allende el Pirineo, era un D. Juan, más ó menos caballeresco, más ó menos esforzado, más ó menos galante y pundonoroso; pero siempre escéptico, desconociendo, ó mejor conociendo la virtud é insultándola descaradamente; en apariencia impulsado por la fatalidad, sin hacer jamás el menor esfuerzo para contrarrestarla. ¡Y cosa estraña! cuantas veces se ha puesto en escena el personaje que nos ocupa, siempre se ha colocado inmediata á él y cual si fuera su sombra, la grave y ceñuda figura del Comendador venido al mundo, se diria, para castigar los crímenes y desmanes de aquel.

¿Ha existido ese personaje? ¿Es creacion del poeta? ¿Ha vivido en el mundo real? Pocas son las noticias que acerca del particular nos quedan. «Cuéntase, dice el Sr. Ochoa en su *Tesoro del Teatro Español*, que D. Juan Tenorio, de una ilustre familia de los veinticuatro de Sevilla, dió muerte una noche al Comendador de Ulloa despues de haberle robado su hija, y que los franciscanos deseosos de poner coto á las dema-

sías de D. Juan, á quien su ilustre nacimiento ponía á cubierto de la justicia ordinaria, le atrajeron de noche á su convento, estendiendo luego la voz de que D. Juan habia ido á insultar en su capilla á la estatua del Comendador, y que este le habia sepultado en los infiernos.» Sobre tan débil cimiento se han construido más tarde tantas y tantas obras desde la sencilla leyenda hasta el elevado poema, desde el drama filosófico-fantástico hasta la mas bella creacion de Mozart. Porque para nosotros es cosa que no necesita demostrarse el que la tradicion española ha sido la fuente donde han bebido cuantos han escrito despues de Tellez. Antes que se conociera el *burlador* no habia quien se acordara de haber visto un carácter semejante; bastó que se presentara en escena para hacerse su conocimiento general. Mas la creacion de este personaje ¿es puramente española? Tal cual la conocemos, no solo por las obras de nuestros escritores, sino tambien por las de los extranjeros, debemos confesar que sí, y esto confirma lo que antes hemos apuntado; pero si atendemos á documentos anteriores en muchos siglos al en que se supone el acontecimiento, tendremos que confesar no es hijo de nuestro suelo el *burlador* D. Juan. No diremos tampoco haya entre las dos figuras la identidad que resultaria de estar calcadas una sobre otra, mas debemos convenir en que hay tantos puntos de contacto entre las que conocemos y la que va á ocuparnos, que cuando menos es la una copia parecida de la primera.

No citaremos los muchos ejemplos de atroces castigos que nos refieren las primitivas tradiciones del Norte, pues de todos son conocidos los males que generalmente sobrevenian á aquellos

que para poseer una espada de buen temple, iban á turbar el reposo de los muertos arrebatando de grado ó á la fuerza las de los antiguos héroes que yacían enterrados cabe aquellas. Ni haremos mención de una balada (*rundalla*) que en nuestros tiernos años en las montañas de Cataluña durante las noches de invierno, y cuando la lluvia azotaba las vidrieras, y medidas por el viento bailaban las llamas del hogar, nos refería nuestra nodriza con misterioso terror y sencilla narración. Se limitarán pues, todas nuestras citas á una composición bretona que se supone de mediados del siglo XV y se atribuye á un capuchino llamado Morin que murió en 1480, despues de haber predicho á los bretones su incorporación á la Francia en castigo de sus pecados. Mas como cuanto pudiéramos decir de ella sería poco para dar una idea del punto hasta donde llega la semejanza, hemos preferido dar íntegra su traducción.

«Durante los dias del carnaval, acaeció en Rosporden una espantosa calamidad. Escuchad cristianos.

«Tres jóvenes disipados habían estado de franchela en una taberna, y tanto bebieron, que el vino llegó á subirseles á la cabeza. Comido y bebido que hubieron á más no poder «vistámonos dijeron, pieles de animales y echemos á correr por esas calles adelante.»

«Uno de estos tres muchachos, el más ruin, no bien se hubieron alejado sus compañeros, dirigióse al cementerio, alcanzó una descarnada calavera, púosela sobre su cabeza (era lo más horrible que puede verse), colocó dos lucecitas en los cóncavos de los ojos, y así ataviado echó como un demonio por aquellas calles arriba. Los niños al verlo, se escondían horrorizados, y hasta los hombres ya maduros le hacían paso cuando se les acercaba.

«Cuando los tres jóvenes hubieron recorrido la ciudad á placer, encontráronse de nuevo, y empezaron á chillar, saltar, y chancarse diciendo á una—«¿dónde está el Señor nuestro Dios? ¡que venga á refocilarse con nosotros!»

«Mas cansado el Señor de verles, hirió la tierra con un golpe que hizo bambolear todas las casas de la ciudad, de modo que sus habitantes, creyendo llegado el fin del mundo, empezaron á arrepentirse de los pecados que habían cometido.

«El más joven, antes de regresar á su casa, devolvió el cráneo al cementerio, diciéndole al tiempo de irse.—Calavera, quien quiera que seas, ven mañana á mi casa y cenarás conmigo.»

«Entonces tomó el camino de su morada, acostóse, y no despertó hasta el siguiente dia. Cuando hubo amanecido, se levantó y se fué á

sus faenas sin acordarse de cuanto ocurriera el dia antes.

«Tomó sus aperos y se dirigió al campo cantando á gañote tendido sin que se le importara un ardite por lo que pudiera acontecer.

«Mas no bien hubo cerrado la noche, y llegado la hora en que todo el mundo cena, oyéronse en la puerta los acompasados golpes de alguno que llamaba.

«Levantóse el criado para abrir, mas tanto se asustó al encontrarse con el que había llamado que cayó redondo al suelo sin poderse sostener. Otras dos personas que fueron á levantarle se espantaron de tal modo, que murieron instantáneamente.

«Entonces ceñudo y á lentos pasos, se adelantó el muerto hasta mitad de la sala.—Héme aquí, aquí me tienes, vengo á cenar y á cenar contigo. Vamos, pues, amigo mio, estamos muy cerca, nos sentaremos juntos á la mesa del festin que está ya preparada en mi tumba.

«¡Ah! no bien acabara de pronunciar estas palabras, cuando el joven aterrorizado lanzó un espantoso alarido, y no había terminado, cuando cayó estrellándose la cabeza contra las sonoras losas del pavimento.»

La orgía, el convite, el poco cuidado de si asistiría, propio del que no lo espera, los golpes en la puerta, el terror del criado, el asombro de las dos personas que van á socorrerlo, la fatídica aparición del esqueleto, el festin preparado dentro de la tumba, y el final trágico del estraviado joven, ¿no recuerdan involuntariamente las escenas y situaciones del drama del más fecundo de nuestros poetas modernos? Se dirá que son muy distintos los motivos que impulsan á uno y á otro, mas como se fijó la atención en que el capuchino Morin escribía para un pueblo que aun á mediados del siglo XV estaba, puede decirse, en su infancia; que se dirigía á él tratando de convertirle por su sentimiento religioso; que cual sucede aun en nuestros dias, debía valerle de los medios que más podían impresionarle, y luego se considere el tiempo en que vivía Tellez; que escribió para el teatro, es decir, para recrear, y por fin, que hablaba á la culta sociedad española del siglo XVII, no tendrá que darse mucha tortura á la imaginación para explicarse tan leves, y si se quiere accidentales variaciones.

Para terminar este artículo diremos, que esta tradición se encuentra en Alemania, Inglaterra, Francia é Italia. Ahora bien: ¿no pudiera fácilmente haber llegado hasta nosotros y encontrándola si se quiere un tanto fría é insulsa, la ataviáramos de modo que estuviese más en armonía con la índole propia del carácter español

en general, y de los cortesanos de Felipe IV en particular? Cuestión es esta que hoy nos vemos en la imposibilidad de resolver, mas no podemos menos de repetir sin que al hacer esta declaración nos ciegue el orgullo nacional, que si los modernos hemos conocido á D. Juan, se lo debemos al festivo y fecundo fraile de la Merced.

CAYETANO VIDAL.

### EL AJEDREZ.

Entre los infinitos juegos conocidos de honesto y lícito ejercicio, ninguno hay tan sedentario como el juego del ajedrez, ninguno tan aristocrático y pretencioso. Seguramente es un juego pluscuamperfecto digno de recrear el entendimiento del más adusto filósofo, aunque á decir verdad, no se ayiene bien con los preceptos de la filosofía peripatética; mas ya sea porque tengo amor á lo plebeyo, ó porque quiero morir en pié como Vespasiano, ello es cierto que prefiero jugar al marro, al pié cojito, á la pelota ó la barra, y si me apuran mucho, al insulso Anton Perulero, á devanarme los sesos por hacer presa de una reina ó dar al rey un jaque-mate.

Todos los juegos de que tenemos noticia, alternativamente ennoblecidos ó rebajados por el patrocinio de las diversas clases sociales; porque la ociosidad, madre de todos ellos, frecuenta los palacios y las zahurdas, las boardillas y los talleres, sin que haya chico ni grande que le niegue el hospedage. Y así sabemos, por ejemplo que Neron era aficionado al pugilato, Domiciano á cazar moscas, Luis XI á los dados, Enrique IV el Bearnés á tirar la barra, Carlos V al juego de la pelota, Francisco I de Francia á la gallina ciega, el gran Turena á los naipes y Carlos II de Inglaterra á los pollitos: pasatiempos en que á la vez se deleitaban los esclavos de Roma, los tahures de Francia, los villanos de España, la plebe de Inglaterra, y la canalla de todos los países. No así del ajedrez: desde Artajerjes, rey de Persia, hasta Napoleon I y madama de Stael, ha venido siendo ocupacion casi esclusiva de príncipes, filósofos y grandes capitanes; despues cayó en el dominio de la gente de buen tono, y hoy mismo, á pesar de los esfuerzos que hace la civilizacion por nivelar las distinciones sociales, el juego del ajedrez no pasa de ser el digestivo de las clases mejor acomodadas.

El inventor de este juego, segun la opinion más admisible, fué un sabio, no hay que dudarlo, persa de nacion, bajo cuya tütela pasó de reyezuelo á rey de Persia aquel famoso Artajerjes ó Ardershir, muy conocido entre los suyos, de quien llevo hecha mencion respetuosa. Y es digno de notarse, segun dice Rodriguez de Castro en su «Biblioteca española», que por dicho medio aprendió su magestad á administrar justicia en sus reinos y á ser equitativo con sus vasallos: tal fue el objeto que se propuso su profundo consejero. Confieso que si he de considerar el ajedrez como un catecismo de administracion ó de moral, está para mí escrito en persa porque no lo entiendo; pero algo bueno debe decir cuando tantos

hombres preclaros de la oscurísima antigüedad se disputan la gloria del invento.

Los indios, segun aseguran los ingleses, sus actuales dominadores, atribuyen la invencion á Sisa, nombre que parece de sastre, si bien consta que los caballeros de aquel país andaban *in naturalibus*. Contra esta pretension se levantan los egipcios y dicen que, sin ir muy lejos, ahí está Moisés, testigo de la omnisciencia de Thot el nigromático, que enseñó á los suyos el arte de escribir y el cálculo del *Psephosis* ó ajedrez. Vienen despues los griegos, muy atusados de vanidad y pagamiento propio, pidiendo justicia para el astuto Palamedes á quien se debe el descubrimiento; y por si alguno lo ignora, diré que Palamedes era un famoso capitan, que hallándose acampado ante los muros inespugnables de Troya, imaginó el ajedrez para enseñar á sus soldados el arte de pelear: idea feliz, que hubiera debido ocurrirle antes de emprender la guerra. Y no hablo de otros candidatos, chinos, árabes y latinos, porque, sin hacerles ofensa, pesan muy poco en la balanza.

En España se introdujo este juego á mediados del siglo XIII, durante el reinado de don Alonso el Sabio: rey muy competente en la ciencia de las estrellas, de las que decia, segun asegura el historiador Bouillet, que si Dios le hubiese pedido parecer cuando ordenó el universo, más derechas andarian ellas de lo que andan. Vivía pues, en aquella época, establecido en Barcelona, otro sabio español, judío de casta y creencia, que sino era rey era rabino; y queda hecho su elogio con decir que mereció el sobrenombre de *Ciceron hebreo*. Jedahiah se llamaba. ¡Ilustre Jedahiah! ¡Cuántos filósofos de medio pelo conozco yo que deben su reputacion al ajedrez, sin sospechar siquiera que tuyos, oh Jedahiah, son sus laureles!

Este célebre judío cuyas obras traducidas en idioma latino andan por esos mundos sirviendo de pasto á la polilla, escribió en la época á que me refiero un curioso tratado del juego del ajedrez, del que han hecho salmos y epopeyas los eruditos extranjeros. En él se dice por via de prefacio que este juego fue inventado por los sabios egipcios con objeto de proporcionar á los príncipes de la tierra un esparcimiento digno de sus personas y que al propio tiempo les sirviese de instruccion en el modo de gobernar á sus pueblos con equidad y justicia. «El juego, prosigue Jedahiah, es uno de los vicios que con mayor insistencia he reprendido en mis libros, pero la esperiencia me ha demostrado, ahora que soy viejo, cuán trabajoso es para el hombre el camino de la virtud sino se le allana con algun honesto recreo que alivie un tanto sus fatigas. El juego de los naipes y el de los dados, que son por su naturaleza los que hoy solicitan y atraen las pasiones de la edad adulta, ocasionan graves perjuicios á la moral pública y no poco desarreglo en las facultades mentales del jugador, mientras el ajedrez, al paso que le deleita, instruye en las máximas de una sana y verdadera filosofía.»

Y así es la verdad. Los naipes formaban la pasión dominante de los cortesanos españoles en aquel siglo, los cuales aprendieron de los franceses el arte de *tricher au jeu*, que en castellano significa desplu-

mar á los incautos. No quiero hacer denuesto á la memoria de muchos y muy altos personajes que han ilustrado con sus gloriosos hechos la historia de la Francia; pero á poco que investigue el curioso lector, verá cuan larga y cuan aristocrática era la lista de los tahures en el país vecino de tal suerte que, según asegura M. de Chamfort, en sus papeles inéditos, no se sabía cual cosa estaba más en peligro, si la reputación de las mujeres ó la bolsa de los maridos. A destruir este vicio entre nosotros se encaminaba Jedahiah con su juego de ajedrez, juego que la corte de Castilla empezó á llamar cabalístico, ya porque los escritores rabinos fuesen dados á la cábala, ya porque los caracteres hebraicos conque aquellos escribían tuviesen en el sentir del vulgo sospechoso saber de ciencia oculta. Y tengo para mí que si en lugar de un rey sabio hubiera reinado en Castilla alguno de los religiosos que andando el tiempo le sucedieron, no pagara Jedahiah frito en una sartén la enormidad de su presunto pecado. Aun así, es lo cierto que el libro á que aludo se imprimió sin nombre de autor, *per innominatum*, como dice el inglés Hyde, que lo tradujo al latín cuatro siglos después, y con el título de *Delicias del rey*, fina insinuación que le valió en la corte de D. Alonso una favorable acogida. En efecto, el erudito Rodríguez de Castro, en su obra ya citada, dice que D. Alonso el Sábio mandó trabajar en castellano una obra completa del juego del ajedrez, para la cual se tuvieron presentes el libro de Jedahiah y un poema rítmico del judío Ben-Ezra con otros varios que le siguieron é imitaron.

Según el escritor rabino que voy comentando, el ajedrez, con las piezas debidamente colocadas y en reposo, es un cuadro simbólico que representa numéricamente por orden de gerarquías, el alto personal político-religioso de los gobiernos israelitas; y las atribuciones concedidas á cada una de las piezas en su orden de marcha y adelantamiento, son análogas á las que tenían aquellos dignatarios en el ejercicio de sus funciones. De este modo, comparando el *tablero* con un reino en estado de paz, cuyos habitantes viven sumisos á la voluntad absoluta del soberano y de los magistrados, consideremos en primer lugar á *Jeroboam* (el rey) que sentado en su trono inmóvil y silencioso se disponía á administrar justicia con solo una mirada, impecable é irresponsable ante los tribunales de la tierra, como mandatario que era del mismo Dios. A su lado figuraba el *sumo sacerdote* (la reina) con corona igual á la del rey, porque como príncipe que era de las cosas sagradas, compartía con el soberano el gobierno de sus vasallos. Venían después el *virey* (1.<sup>er</sup> alfil) y el *consejero* (2.<sup>o</sup> alfil) que eran los que gobernaban directamente al pueblo. Seguíanles el *gran capitán* (1.<sup>er</sup> caballo) cuyo deber era capitanear el ejército, salir con él á campaña y pelear en primera fila; el *eyan* (2.<sup>o</sup> caballo) prefecto de los sacerdotes; el *ungido para la guerra* (1.<sup>o</sup> torre) orador que arengaba al pueblo hebreo antes de comenzar la batalla; y finalmente el *marcol* (2.<sup>o</sup> torre) jefe del templo que guardaba las llaves del átrio y presidía al culto.

Figurémonos ahora el mismo reino en guerra con sus vecinos, y será distinta la alegoría. Ya no se

trata de los israelitas, sino de los medos y de los persas, pueblos belicosos y muy superiores á todos los orientales en el arte de la guerra. Así es, que el orden de batalla, marcha y ataque de las piezas del ajedrez, son enteramente conformes á la manera de pelear de aquellos pueblos. El rey se llama *Sháh*, la reina *Pherzan*, el alfil se convierte en elefante ó *Phil*, el capitán de los caballos es *Pharas*, y *Roc* el castillo. Colocados los dos ejércitos frente á frente, empezaban los infantes la batalla marchando á encontrarse en línea recta y atacándose de costado, sin que les fuese permitido dar un paso atrás aunque se vieran amenazados de muerte. El *Pharas* iba en su carro y pasaba por encima de los guerreros sin consideración alguna; pero es probado que jamás despachurró á ninguno de los suyos. El elefante caminaba oblicuamente, y aunque pesado en sus maniobras, barria con su trompa en un santi amen cuanto encontraba en su camino. Los ambulantes castillos, defendidos por saeteros, atacaban en todos sentidos, y eran el amparo del soberano cuando este se veía en peligro. La reina, cuyo deber era guardar á su señor, iba á donde quería, y por donde quería, con tal que caminase con mesura y no saltando, que es cosa impropia de damas. El rey, á quien nadie osaba acometer sin pedirle antes su venia, no salía de sus reales sino en los casos extremos, y procuraba abrigarse á la sombra de los suyos que á porfía se sacrificaban por salvar su corona. Huir era un baldon para el soldado; retirarse á tiempo era la gloria del buen capitán, porque en aquellas ejemplares lides, la victoria favorecía al más astuto, no al más fuerte, y ninguno de los contendientes se consideraba vencido hasta que moría su príncipe soberano. Muerto el rey, el agresor gritaba á sus compañeros: ¡Shah mat! ¡El rey es muerto! y su contrario, dueño del campo, recibía los honores del triunfo.

Tales son en general las reglas que se observan en el juego del ajedrez. Si los persas y los medos peleaban ó no de esta manera, la historia lo dirá: consúltela el lector y no se fie del testimonio del autor rabino que como buen judío, era parcial á la memoria del magnánimo Ciro. Sin embargo, esto mismo prueba que fueron los persas y no los egipcios los que inventaron el ajedrez, pues es evidente que el espíritu de este juego se acomoda mejor á la idea de una batalla, que al simple espectáculo de un orden gerárquico sacerdotal. Si después atendemos á la etimología de las palabras, es fácil derivar la voz *Jaque-mate* de *Schah-mat*, Alfil de *Phil*, *Roc* ó castillo de *Roc*, Alferéz, Pérez, ó caballo como ahora se dice, de *Pharas*; y dicho sea esto con permiso de los etimologistas que dan á estas voces un origen árabe. En cuanto á la opinión de los hebreos, que se empeñan en llamar á la reina *Sumo sacerdote*, fundándose en que no era decente que las reinas saliesen á campaña, basta citar la batalla de Iso en Cilicia, donde Alejandro hizo prisionera á la familia toda del rey Darío.

De aquí se sigue que la intención moral, política y filosófica que se ha querido atribuir al ajedrez por excelencia, es una pura vaciedad debida á los escritores judíos, pues no hay un juego honesto, de los

muchos en que se ejercita el entendimiento, que no pueda hacer valer iguales títulos y pretensiones. Por el contrario, los que solo ven en este juego el simulacro de la guerra, base de casi todos los juegos de fuerza y de astucia, pues en todos hay uno que vence y otro que es vencido, esos aciertan; y mejor acertarian si en vez de jugarlo sobre un tablero de dos palmos en cuadro, sentados delante de un velador con la mano en la mejilla y los sesos en cocimiento, hallarán un proceder más higiénico y menos sedentario.

A pesar de esto, el ajedrez se vá generalizando; ¿y sabeis por qué? Porque la moda exige que todo hombre se dé trazas de pensador profundo y se quede calvo antes de tiempo. Don Alonso el Sábio se dolia de que el ajedrez le dejase los piés frios: nosotros sacamos la cabeza caliente y no llegamos á sábios.

C. DE ALMAVIVA.

## POESÍA.

A TÍ.

Cuando contemplo tus divinos ojos,  
astros de luz que envidian los del cielo,  
y tu mirada fijas en la mía,  
yo no sé por qué tiemblo.

Tengo miedo de tí; dentro del alma  
se agitan los más dulces sentimientos,  
me quema tu mirada y yo la busco;  
sufro si no la encuentro.

Y aunque me abrasan tus hermosos ojos,  
tan sólo, ángel de amor, es mi deseo  
morir como se mueren los cobardes,  
temblando junto á tí, muerto de miedo.

C. DE VIEYRA DE ABREU.

A ARACELI.

Si en la alta noche latir sentía  
las raudas alas del huracan,  
dentro del alma yo me decia,  
sin pena entónces que lamentar:  
¿tan tristes ayes quién los envía,  
de dónde vienen y á dónde van?

Más tarde el alma su bien perdido,  
de ansias y duelos cruzando un mar,  
comprendió entonces cuanto escondido  
en esos ayes del viento está;  
¡por qué desgarran así mi oído,  
de dónde vienen y á dónde van!

Ara del cielo, que él te sonría;  
siempre en tí more su hermosa paz,  
nunca comprendas como yo un día  
los tristes ayes que el viento dá;  
¡quién con las sombras ¡ay! los envía,  
de dónde vienen, y á dónde van!

MARÍA MENDOZA DE VIVES.

## EL MUNDO MARCHA.

Loco llamaban á Cristo  
Los que le crucificaban;  
Y por loco á Galileo  
En la Inquisición maltratan,  
Cuando afirma que la tierra  
Se mueve bajo su planta.

Por loco pasó Cervantes,  
Y hoy su nombre honra á la pátria;  
Y á Colon juzgaban loco.  
Porque en su tenáz constancia  
Un nuevo mundo en la esfera  
Con el compás señalaba.

Cuando la ciencia y el génio  
Sobre el error se levantan  
¡Quién puede saber, en vista  
De las lecciones pasadas,  
Si la utopía de hoy  
Será la ley de mañana!

ANTONIO LUIS CARRION.

A T....

No quiero mirar tus ojos  
Grandes, grandes, negros, negros,  
Que en ellos arde, bien mio,  
Yo no sé que extraño fuego.

No quiero tocar tu mano  
Copo de nieve pequeño,  
¡Qué es esa nieve el emblema,  
De tu corazón de hielo!

Yo quiero mirar tu boca  
Coral que al coral dá celos,  
Nido de amores que encierra  
Tímido y callado beso!

CASIMIRO ROSEL.

A PURA.

La he visto, y al mirarla me ha mirado,  
Sus ojos me han hablado  
De un tiempo que por siempre ya pasó...  
Del juramento aquel que dió al olvido...  
De lo mucho que sufre y ha sufrido  
Por el infame aquel que la engañó...

¡Pobre mujer! ¡Yo que te amaba tanto!  
¡Que he secado las fuentes de mi llanto  
Llorando tu falsía y tu rigor!...  
¡Hoy quisiera llorar tu desventura!...  
¡Hoy te perdono, Pura!...  
¡Y si pudiese amar, te diera amor!...

RAFAEL QUINTANA MEDINA.

**ANUNCIOS.**

**FOTOGRAFÍA.** Se traspasa una máquina, con todos los accesorios y productos químicos necesarios para retratar, y se enseña el arte al comprador, en término de un mes, con toda la perfección y adelantos conocidos hasta el día.

En la imprenta de este periódico, darán razon.

## Empréstito de 175 millones de pesetas.

Se compran láminas de dicho empréstito, estén enteras ó solamente los nueve décimos á los precios siguientes:

Láminas completas ó sean con los diez décimos al 27 por 100.

Idem con los nueve últimos décimos al 23 por 100.

También se compran los recibos provisionales de dicho Empréstito ó sean los talonarios cedidos por las Recaudaciones de contribuciones, pagándolos á diferentes precios según sus fechas.

Se compra á precios convencionales papel del clero. Se admiten encargos para su enagenación en Madrid á precio corriente en bolsa con un pequeño descuento para gastos y comision.

En la imprenta de este periódico se dará razon á los interesados.

### LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA, LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la redacción de «El Eco del Águeda,» se admiten suscripciones á ambos periódicos sin recargo en el precio por comision, franqueo ú otro cualquier concepto. Los señores que se suscriban, gozarán de los mismos derechos y garantías que si lo hicieran directamente en la administración central.

Se vende en esta redacción «LA ENCICLOPEDIA MODERNA» diccionario universal de literatura, ciencias, artes, agricultura, industria y comercio, publicada por D. Francisco de Paula Mellado.

La obra consta de treinta y cuatro tomos, de

más de quinientas páginas encuadernados á la rústica. Cada uno de los tomos que cuesta 24 rs. en provincia se dará con una gran rebaja.

## RAFAEL HUEBRA,

S. Pablo, 2 y 4,

### SALAMANCA.

GRANDES ALMACENES DE FERRETERÍA, QUINCALLA Y HERRAMIENTAS.

*Depósito de papeles pintados de las mejores casas de Francia é Inglaterra.*

Se reciben encargos, para la compra de cualquier artículo de dicha casa, en el comercio de *Casimiro Muñoz*, Plaza Mayor, número 12, Ciudad-Rodrigo.

VARIEDAD EN TARJETAS AL MINUTO.

EN ESTE ESTABLECIMIENTO SE HACEN  
á 10 rs. el ciento.

*Mercado de Ciudad-Rodrigo, 14 de Mayo.*—Trigo candeal, de 44 á 46 rs. fanega.—Idem barbilla, de 41 á 43 id.—Centeno, de 24 á 26 id.—Cebada, de 23 á 25 id.—Algarrobas, de 21 á 23 id.—Garbanzos, de 60 á 90 id.—Patatas, de 2 á 3 rs. arroba.—Aceite, de 62 á 64 rs. cántaro.—Harinas, de 1.<sup>a</sup> á 18 rs. arroba.—De 2.<sup>a</sup> á 17 id.—De 3.<sup>a</sup> á 13 id.—De 4.<sup>a</sup> á 8 id.—Menudillo á 6 id.

## GRAN DEPÓSITO

DE

## MÁQUINAS PARA COSER

DE TODOS LOS SISTEMAS.

VENTA Á PLAZOS GARANTIZADAS.

En casa de Salvador Bazan, calle de Tavera núm. 1.<sup>o</sup> Ciudad-Rodrigo, se halla un gran surtido tanto en las del acreditado sistema «SINGER» como en todos los demás fabricantes que se conocen, las hay de pié y mano de dos pespuntos desde 16 á 26 duros. Se hacen toda clase de composturas y se venden agujas y piezas sueltas.

Se compra plata, oro y pedrería á precios convencionales.

Ahora apresúrate á realizar esa última maravilla que espero de tí.

Jahia no contestó inmediatamente; meditaba, revolvía allá en su mente mil proyectos sin duda, pero de pronto, como si se le hubiera ocurrido una idea peregrina, brillaron sus ojos de placer y exclamó con viveza.

—La tendreis, señor, os lo prometo. Será una maravilla como vos decís, una verdadera maravilla no tanto por el arte, cuanto porque ella os hará conocer á Bilkis, os descubrirá ese misterioso defecto, si es que lo tiene.

—Cumple lo que has dicho, Jahia,—repuso Soliman,—cúmplolo y te daré el puesto que ocupa Azarias-ben-Nathan; serás mi superintendente.

### XIII.

—¡Oh!—murmuró Jahia apenas se hubo retirado el monarca,—Al-Saitan (1) la trae, pero la trae á mis manos, la entrega á mi venganza. ¡Ah! yo sabré impedir que te sientes en el trono de Judea, infame raposa, yo disiparé, como los vientos disipan el serab, (2) todas tus maquinaciones. ¡Pensabas que impunemente, se desprecia, se engaña y se asesina á un hombre de mi temple! ¡Te aborrezco aún todavía más de lo que te amé! Por tu amor sacrificué mi vida, y ahora quisiera tener ciento para emplearlas todas en aborrecerte!

Al concluir tan calurosa invectiva, dejó el cincel y el mar-

(1) Al-Saitan. El demonio.

(2) Serabon. Vapor, niebla.

tillo, despojóse del mandil y salió de palacio con dirección á la ciudad.

Allí, á la puerta de una pequeña casita de tierra, sombreada por los verdes pámpanos de una parra, le aguardaban dos mujeres.

Una de ellas, de grandes ojos negros, y cuya tez tenía el tinte rosa-pálido del hueco de avestruz oculto en la arena (1) era joven y hermosa como la luna de Canaan. (2) La otra, ya anciana, por su majestuoso continente, que contrastaba de una manera singular con el modesto traje que vestía, parecía una reina, que por capricho se hubiese disfrazado con las ropas de una mujer de pueblo.

La joven echó los brazos al cuello de Jahia, mientras la anciana le tomaba una mano. Los semblantes de ambas expresaban con harta claridad, cuan querido les era nuestro hombre, pero el observador menos perspicaz hubiera señalado á primera vista la diferencia de afectos que inspiraba á cada cual. En los ojos de la joven brillaba el amor, en el rostro de la anciana se leía el cariño maternal.

—¿Cómo es que vuelves hoy tan temprano, fresca de mis ojos? (3) preguntó la joven luego que se hubo cansado de abrazarle.

—Sí, hijo mio, ¿cómo es eso? ¿que sucede?—repitió la anciana dirigiendo una mirada escrutadora á Jahia, no recobrado aún de la impresion que le causáran las confidencias de Soliman.

(1) Coran. Cap. 37. vers. 47.

(2) Josef es para los árabes el prototipo de la belleza humana y lo llaman la luna cananea.

(3) No es extraño que los árabes, acostumbrados á vivir bajo un cielo de fuego, en las inmensas llanuras de arena que refractan los ardientes rayos del sol como un espejo bruñido, sin poder encontrar sitio ameno donde fijar su vista irritada por el calor, y padeciendo á causa de ello terribles oftalmias, llamen «fresca de sus ojos» *Korretul-ain*, á las personas queridas. Es el epíteto más tierno que pueden darles.

—Necesitaba hablaros, tengo que daros una noticia que nos interesa mucho á todos.

Ambas mujeres le interrogaron con un gesto de curiosidad.

—Estadme atentas,—contestó aquel.—No habreis olvidado los peligros que hemos corrido desde el día en que por desoír los consejos de mi madre, debí perder la vida.

La jóven clavó sus ojos en Jahia de un modo intenso.

—No, no,—prosiguió este contestando á aquella mirada,—no me arrepiento de mi conducta, antes la bendigo, porque sin mi alucinacion, sin mi desobediencia, no te sería deudor de la vida, no te hubiera amado, no te daría ahora el dulce nombre de esposa.

—¡Amado mio!—suspiró la bella tomándole una mano.

—Si, Agar, si yo hubiese obedecido á mi madre, si hubiese hecho matar á Bilkis, no hubiera estado á punto de morir, pero en cambio tampoco viviria á tu lado, tampoco seria feliz como lo soy. Tú cambiaste el tósigo que Bilkis te ordenó verter en mi copa, por una pocion inocente que me hizo dormir. Merced á tí me creyeron muerto, generosa criatura, tú me salvaste sin conocerme.

—¡Oh! no, te conocia y te amaba,—contestó Agar toda ruborosa y ocultando la frente en el seno de Jahia,—te amaba y los celos me enloquecian hasta el punto de que dudé si te debia dejar morir, porque me dije á misma: si no me ha de amar jamás, sino puedo ser suya ¿para qué quiero que viva?

Jahia estrechó á Agar contra su seno, ébrio de felicidad;—tú,—continuó,—ocultaste á mi madre en tu aposento, protegiéndola así, de la infame Bilkis y luego cuando la noche estendió sus sombras sobre la haz de la tierra, recogisteis mi inanimado cuerpo...

—Pero, hijo mio,—dijo Leila que hasta entonces habia permanecido callada,—¿á qué entristecernos con el recuerdo de nuestras pasadas desventuras? ¿Acaso no somos felices? ¿no vivimos tranquilos y contentos lejos de Bilkis, fuera de su alcance?

—Precisamente por eso, madre ma, porque Bilkis está

casa para honrarme con tu presencia. (1)

—Espero,—dijo Soliman cuando Jahia le hubo devuelto el pergamino,—que Bilkis no desdeñará mi oferta; vendrá y quiero que mi fausto la sorprenda y la asombre; por eso te he confiado lo que hasta ahora sabia yo únicamente. No me bastan las maravillas que has ejecutado en mis palacios, mi trono es una obra portentosa que honra tu talento, (2) pero necesito otra cosa más grande aún, una cosa que jamás haya podido imaginar la reina del Yemen.

Jahia escuchaba con ansiedad, pendiente de los labios de Soliman, temía perder una sola palabra.

—Perdonad, señor,—exclamó al fin,—pero ¿esa reina permanecerá mucho tiempo en Jerusalem?

—Nada quiero ocultarte, maestro, si la reina de Sabá es tan bella como tu mismo aseguras, permanecerá aqui mucho tiempo, sí, porque la haré mi esposa.

—¡Vuestra esposa!

—Si, mi esposa, ¿que hay en ello que pueda asombrarte?

—¡Oh!—balbuceó aterrado Jahia.

Soliman notó al fin la inquietud que se habia apoderado del artifice.—Tú sabes algo que no te atreves á declararme.—le dijo,—¿me han engañado quizás? ¿no es Bilkis tan hermosa como pregoná la fama? ¿Será verdad lo que yo he tomado por una conseja? Ese defecto de que hablan....

—No puedo contestaros señor, pero os doy palabra de que si lo tiene, lo vereis aunque esté muy oculto y ella ponga todo su cuidado en esconderlo á vuestros ojos.

—Bien, creo que eres leal é incapaz de engañarme, pero lo que me has dejado sospechar es muy grave, y necesito averiguarlo porque á ser cierto, Bilkis no partirá nunca mi lecho.

(1) Coran Cap. 27 vers. 31.

(2) Según los comentadores del Coran, era de oro puro, sostenido por dos leones y coronado por dos águilas. Cuando Salomón se sentaba en él, los leones estendian sus garras para que apoyase los pies, y las águilas las alas para darle sombra.